



QUELLA NOCHE

llegó de Graz el hijo del restaurador, un muchacho de rostro grave y oscuro, con un caballo y una carretilla cargada con dos enormes cajas que contenían varios cuadros cada una. Era un trayecto de diez leguas, y cuando un mensajero llegaba al castillo desde la capital, Graz, siempre nos arremolinábamos alrededor para oír las nuevas que traía.

Aquella visita a nuestros remotos lares causaba un gran revuelo. Las cajas se quedaron en el vestíbulo y los criados se llevaron al mensajero para que cenase algo. Luego, con ayuda y armado de un martillo, un cincel y un destornillador, se reunió con nosotros en el vestíbulo de nuevo, donde esperábamos para presenciar la apertura de las cajas.

Carmilla se sentó a mirarlo sin muchas energías mientras él sacaba a la luz, uno tras otro, los viejos lienzos, casi todos retratos, que habían pasado por el proceso de restauración. Mi madre provenía de una antigua familia húngara, y la mayoría de los cuadros, que pronto colgaríamos de nuevo en su sitio, había llegado a nosotros a través de ella.

Mi padre tenía una lista en la mano que iba leyendo, mientras el artista rebuscaba entre los lienzos el número correspondiente. No sé si los cuadros tenían valor, pero sin duda eran muy antiguos, y algunos también muy curiosos. Para mí tenían en su gran mayoría el interés de que los veía, cabría decir, por primera vez, pues el humo y el polvo de los años casi habían borrado los trazos.

—Hay un cuadro que aún no he visto —dijo mi padre—. En una esquina, arriba, figura el nombre de «Marcia Karnstein», si es que lo leí bien, y la fecha, «1698». Tengo mucha curiosidad por ver cómo ha quedado.